

Sociologías del conocimiento: científicas y anticientíficas

Mario Bunge*

Mi librito *La sociología de la ciencia* (Buenos Aires, Siglo Veinte, 1993) expone y analiza las tres corrientes principales en la sociología del conocimiento científico: la marxista de Marx y Engels a Hessen y Bernal, la científica iniciada por Robert K. Merton hacia 1935, y la constructivista-relativista, nacida en la década del sesenta y actualmente de moda en las facultades de letras. En la publicación de marras critico la primera corriente por ignorar el cerebro del investigador, y la tercera por negar la existencia del mundo exterior, así como por rechazar la definición canónica de investigación como búsqueda de la verdad. Señalo que, en cambio, los mertonianos saben de qué hablan y qué es lo que motiva a los investigadores, a saber, la búsqueda de la verdad y el reconocimiento de sus pares, no el poder. (Sin embargo, no dejo de criticar alguna exageración externalista de esta escuela.) También exhibo la apolillada filosofía irracionalista y subjetivista que subyace a la "nueva" sociología de la ciencia.

Pero creo que el aspecto más importante de mi librito es que, con ayuda de una teoría semántica exacta y de ejemplos, refuta el curioso dogma de que tanto la matemática como las ciencias naturales tienen un contenido social. La clave de esta refutación es simple: para saber a qué se refiere una proposición cualquiera es necesario y suficiente analizar los predicados que figuran en ella, poniendo en evidencia sus respectivos dominios de definición. Por ejemplo, los referentes de "metaboliza" son los seres vivos, no algún hecho económico o cultural. En cambio, los referentes de "populismo" sí son los movimientos políticos. Así resulta que, en tanto que la matemática se refiere a objetos conceptuales, las ciencias naturales tratan de cosas naturales, y las sociales de cosas sociales. "¡Vaya descubrimiento!", dirá el lector, y con razón. Pero era necesario hacer el trabajito para refutar de manera concluyente las tesis de que las fórmulas de las físicas relativis-

* Foundations and Philosophy of Science Unit, McGill University, Montreal, Québec, Canadá.

ta y cuántica se refieren a observaciones, de que las teorías rivales son incompatibles ("inconmensurables") entre sí y de que todo conocimiento tiene algún contenido social. Ahora disponemos de un método preciso para demostrar que todas estas opiniones son falsas.

Julia Buta ha atacado mi librito en *REDES* (año II, No. 5, 1995, pp. 189-193). Su ataque ha sido feroz. Así como yo no encuentro nada valioso en la sociología de la ciencia post-mertoniana, ella no aprueba nada de lo que yo digo. *Faír enough*, como se dice hipócritamente en inglés. Lo que no es *taíres* poner en mi boca (o, más bien, en mi computadora) opiniones que no comparto. Tampoco es correcto el descartar mis tesis sin discutir las, ejemplificarlas no contraejemplificarlas. Finalmente, hace falta mucha osadía para pontificar sobre ciencia sin haber hecho investigación rigurosa alguna. Me explicaré telegráficamente.

Buta me califica de positivista, cosa que jamás he sido, como lo atestiguan una treintena de libros y varios centenares de artículos aparecidos desde 1943. Estas publicaciones no pertenecen solamente a la física, a la matemática aplicada y a la filosofía, desde semántica hasta ética, pasando por ontología y teoría del conocimiento. También he publicado trabajos en sociología teórica y en fundamentos de la física, biología, psicología y ciencias sociales.

Al fin y al cabo, mi libro *Foundations of Physics* (Springer, 1967) contiene la primera fundamentación axiomática realista, y por lo tanto no positivista, de la mecánica cuántica. También ataco al positivismo en *La investigación científica* (Ariel, 1969), *Filosofía de la física* (Ariel, 1978) y *Controversias en física* (Tecnos, 1983). Y mi último libro, *Finding Philosophy in Social Science* (Yale University Press, 1996) incluye una defensa del realismo y la consiguiente crítica del subjetivismo (individualista o colectivista) que preconizan (pero no justifican) los post-mertonianos. Más aun, en el librito en discusión acuso de ramplojería positivista a los hermenéuticos (como Geertz) y a los etnometodólogos (como Garfinkel), porque se contentan con describir.

Lo que ocurre es que Buta confunde positivismo con amor por la investigación científica.

Omite señalar que el amor que los positivistas profesaban por la ciencia no era correspondido porque la ciencia es objetiva (aunque no siempre verdadera), al par que el positivismo se centra (lo mismo que el constructivismo-relativismo) en el sujeto. En resolución, mi teoría del conocimiento y mi semántica son realistas. Más aun, constituyen una síntesis de empirismo y racionalismo.

No siendo empirista, jamás he negado -contrariamente a lo que afirma mi crítica- que el conocimiento sea "producto de una construc-

ción activa del sujeto". Véanse, por ejemplo, mis libros *La investigación científica* (Ariel, 1969), *El problema mente-cerebro* (Tecnos, 1985), *Filosofía de la psicología* (Ariel, 1969), y los volúmenes 5, 6 y 7 de mi *Treatise on Basic Philosophy* (Reidel, 1983-1985). No rechazo el constructivismo gnoseológico sino el constructivismo ontológico, según el cual el conocedor (o su comunidad) construye el mundo. (Buta no hace esta distinción.) Digo que, si así fuera, cada persona (o cada comunidad) sería un demiurgo y no tendría necesidad de buscar datos empíricos ni de poner sus hipótesis a la prueba empírica. En lugar de explorar el mundo, se dedicaría a la matemática pura, la teología o la literatura fantástica.

A diferencia de Popper y los demás internalistas, yo no rechazo la sociología del conocimiento. No sólo no la rechazo, sino que admiro (y cito cuando corresponde) la escuela de Merton. Sólo rechazo las sociologías del conocimiento irracionalistas y dogmáticas, que hacen afirmaciones sin sustentarlas, y que ignoran o declaran imposible la búsqueda de la verdad objetiva. Por ejemplo, el tercer capítulo del tomo 5 de mi *Treatise* está dedicado al condicionamiento social del conocer. En él critico tanto el externalismo como el internalismo, y propongo la fusión de las partes válidas de ambos: el investigador trabaja sujeto a estímulos e inhibiciones sociales. (Pero fracasa si no encuentra verdades transculturales.) Y, desde luego, niego que la matemática y las ciencias naturales tengan contenido social; sólo lo tienen las ciencias sociales.

Más aun, no me he contentado con criticar la doctrina externalista (o sociologista, como la llaman los sociólogos Boudon y Bourricaud). También he mostrado cómo ponerla a prueba (y confirmarla o falsearla) con ayuda de mi teoría de la referencia. Buta no menciona este punto, que para mí es de importancia capital. ¿Será porque dicha teoría contiene algunos conceptos abstractos, tales como los productos cartesianos y extensión de un predicado, que dejan fríos a los sociólogos y filósofos del conocimiento de nuevo cuño? ¿O será que el concepto de demostración es ajeno a la manera de pensar de los constructivistas-relativistas?

Me permito invitar a Buta a que estudie esa teoría de la referencia -parte de la semántica que expongo en los dos primeros tomos de mi *Treatise* (Reidel, 1974)- y la aplique, por ejemplo, a la lógica, el álgebra abstracta, la electrodinámica, la mecánica cuántica, o la biología evolutiva -como lo he hecho yo-, para averiguar si, en efecto, tienen contenidos sociales. Si resulta que mi teoría no le gusta, tiene libertad para construir una alternativa. A propósito, yo construí mi semántica

realista precisamente para poner a prueba la interpretación subjetivista (o de Copenhagen) de la mecánica cuántica, que se ha venido proponiendo como dogma desde 1935, y que yo mismo había enseñado otrora. Esta y otras experiencias me han enseñado la importancia de hacer filosofías ajustadas a la ciencia, así como de adoptar estrategias de investigación científica compatibles con los principios filosóficos de que fuera de nosotros hay cosas y, más aun, algunas de ellas pueden conocerse aunque sea de manera aproximada.

En conclusión, la nota de Buta no es una reseña objetiva sino una censura. A propósito de censura, en 1990 envié los originales del trabajo en cuestión a *Social Studies of Science*, fundado y administrado por el grupo de Edimburgo. Recién tres años después recibí una carta del director, disculpándose por el retraso y preguntándome si seguía interesado en que mi trabajo fuese puesto a consideración de los asesores de la revista. Pero yo ya me había cansado de esperar, y había enviado el trabajo a *Philosophy of the Social Science*, que lo publicó en dos partes, entre 1992 y 1993. Desde entonces he tenido el gusto de verlo citado encomiosamente en varias publicaciones, y de recibir un montón de cartas laudatorias firmadas por investigadores en varios campos: físicos, biólogos, antropólogos, sociólogos, historiadores, etc. Todos ellos comparten la tesis perogrullesca de que la investigación científica procura la verdad objetiva o, como decían los escolásticos, la adecuación de las ideas a las cosas. Quienes niegan la posibilidad de alcanzar verdades no pueden arrogarse el privilegio de poseerlas ni, por lo tanto, el derecho de enseñarlas. Sólo gana el reproche pre-post-moderno: Maestra Ciruela, no sabe leer y pone escuela.